

# Piedra, papel o tijera

Wendy Huerta

Relatos



Ediciones Frenéticxs Danzantes  
Colección Los manjares de Afroditx

Piedra, papel o tijera

Wendy Huerta

Relatos

Ediciones Frenéticxs Danzantes

Colección Los manjares de Afrodix

@edicionesfreneticxs

Hecho a mano en taller propio

Primera edición

Julio de 2023

Esto que estás por leer fue seleccionado a partir de convocatoria abierta y descubierto como un manjar. Así que si lo tenés en tus manos, entregate y disfrutá del banquete.

*Este libro cuenta con licencia Creative Commons  
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada  
CC BY-NC-ND*



**Piedra,  
papel  
o tijera**

Wendy Huerta

Relatos



## ¿TE ANIMÁS?

Aturdidas por el griterío del recreo, un poco antes de que sonara el timbre Ailén le dijo a Lena: -Te apuesto a que no te animás a darme un beso. Con un tono atrevido y desafiante Lena le respondió: -Obvio que me animo, ¿pensás que tengo miedo? Al instante, se apretaron las manos cerrando el trato con tanta seriedad que ya no se parecía a los otros juegos que las mantenían entretenidas durante las horas de clase. Acordaron escabullirse del aula en la hora de matemáticas, esa hora en la que la profesora no prestaba atención y daba permisos de salida

con tal de encontrar un poco de silencio en el curso. Fue fácil pactar el lugar de encuentro, ya que el baño era lo más discreto y vacío de todo el colegio. -En el baño de planta baja, el tercero de la fila izquierda, ahí te voy a esperar-le indicó Ailén.

Con una excusa letal, Lena logró salir del aula y rápidamente se dirigió al baño. Estaba nerviosa, pero trataba de no demostrarlo, no quería que su amiga se diera cuenta de que le transpiraban las manos, que se sentía inquieta. Ailén no estaba muy lejos de ese estado, es más, en esos cinco minutos de espera estuvo mirándose al espejo, sonriendo y comprobando con su índice si los brackets podían pinchar o incomodar a su compañera. Volvió a mirar su reflejo, le dijo algunas

palabras de aliento y se metió enseguida al baño acordado. Después de cerrar la puerta escuchó los pasos de Lena, que un poco desorientada entró sin golpear. Ahí estaban las dos, metidas en el baño de mujeres, a la espera de que nadie las interrumpiera y a punto de conocer las pulsiones que las habitaban.

Lena, sin dejar que Ailén reaccione, la apoyo contra la pared y mientras hacía sus mayores esfuerzos para tragar saliva se humedeció los labios para después hundir la boca en el cuello de su amiga. El vaivén del pecho hiperventilado de Ailén se hizo presente, al mismo tiempo que las contracciones que sentía en la entrepierna. Por unos minutos se olvidaron de respirar, sólo se concentraban en palparse, en

morderse y en sentir el sabor de sus lenguas. Empujadas por la necesidad de tomar aire se despegaron con una exhalación ruidosa, se miraron y automáticamente se echaron a reír. Ailén estaba sorprendida porque hacía dos años atrás, cuando dio su primer beso, pensaba que todos los besos eran repugnantes, no entendía porque a todes les gustaba. Seguro fue porque en ese momento, a los doce años, no podía rechazar al chico más lindo de la escuela y debía seguir sosteniendo su imagen de popularidad, entonces besarlo sería como un trámite. Un trámite que no le gustó, le dio asco sentir el sabor del chicle de menta que seguía masticando el pibe, y de rasparse con su barba incipiente. En cambio, con Lena descubrió lo que era el placer mezclado con la suavidad

y el impulso desordenado de su cuerpo, que hacía exaltar los sentidos más ocultos. En ese momento, se acordaron que tenían que volver a la clase, y para no levantar sospechas primero entró una en el aula, después la otra. Aunque sus bancos estaban separados, las dos pensaron al mismo tiempo que ya no eran solamente “amigas”, y que por suerte iban a tener clases de matemáticas todo el año.

## FUERTE AL MEDIO

Sos una bruta — me dice apretándose el tobillo como si le doliera de verdad. Al toque le respondí:

— Y vos una flojita.

Con bronca se lo dije, casi escupiéndole la cara, por hacer tiempo en la canchita. Se quedó ahí. Tirada un buen rato; con cara de dolor. Y yo ansiosa porque faltaba poco para que terminara el segundo tiempo e íbamos dos goles abajo. Igual nunca cronometrábamos el partidito, pero ya estaba harta de pagar la birra. Hace dos semanas que le afano a mi hermana sus ahorros. Al menos

quería que ganemos una vez. Y hacerme la gila para no pagar era difícil. Todas saben dónde vivo, aparte el chusmerío gira rápido. Ya me pasó una vuelta, mejor dicho, a mi compañera de equipo, Mica, la que no puso plata y le desapareció la bicicleta. Desde ahí no jodo tanto con las ambiciones ajenas. Si pierdo pago. Si tengo muchas ganas de jugar, y no tengo ni un peso, me las aguanto. Voy al fondo de casa a patear contra la pared hasta que el cuero muestre su hilacha.

Perdimos dos a uno. Encima la muy atrevida se sienta al costado de la vereda y me ofrece un trago de birra. No la quise ni mirar. Eso mismo me pasó cuando ví la pelota adentro de la red. La dejó colgada. La embocó

desde afuera del área en pleno tiro libre. Sabía que eran buenas con la pelota parada, pero ese gol me dejó muda. Clavó dos goles: uno de tiro libre y otro mano a mano con la arquera. Y yo, como buena defensora, tuve que salir con los taponés de punta. Aunque para mí no fue falta, ella exageró bastante. Más que al fútbol debería dedicarse a la actuación, tremenda actriz sería. Ni una lágrima soltó, sólo me bardeó un rato por disputarle la pelota con tanta firmeza, y después se acercó como si nada. Ni cabida le dí. Pasó un rato, dejó la latita en el suelo y se mandó a mudar. Parece que vive del otro lado de la estación de Monte Grande porque salió corriendo y se tomó el primer 501 que encontró. Nosotras, por suerte, vivíamos en el Barrio

Malvinas, donde estaban todos los potreros del conurbano. Terminábamos todas embarradas, pero teníamos nuestras casas cerca. En cambio, las que venían de otros barrios tenían que rogarle al chofer para que las dejara subir al bondi todas sucias, con el barro hasta las rodillas. A veces ni les frenaban. Esos días se juntaban en grupos, en manadas, y volvían todas caminando.

Me guardé unos días. Estuve una semana sin jugar, y volví cuando fuimos a la canchita de Claypole. Ahí jugamos dos partidos. Llegué temprano, justo cuando arrancaba el equipo de la goleadora, la actriz. La ví. No hice otra cosa más que mirar sus movimientos, quería entender su fútbol. Como la paraba, la pisaba y la

dominaba. Hacía todo. Hasta te corría los contragolpes y cambiaba de frente como si no le costara ningún esfuerzo. Metió un gol de cabeza y dos asistencias. Era muy rápida. Tanto que cuando jugó contra nosotras llegaba a todas las pelotas, ni se le notaba el cansancio.

En el entretiempo, se me acerca, me mira los botines nuevos y con tono chistoso me dice mirá que esos botines son de lírica, no de rústica eh. Yo no paraba de reírme, me ponía tan nerviosa que no la podía marcar. Intenté concentrarme, pero lo único que se me venía a la mente era compararla con la mujer pantera de la que habla Puig. Tenía la mirada rara, ojos bien negros, y se transformaba en pantera cuando tocaba la pelota. La

cancha era su jaula, ella mandaba ahí. A veces le agarraba miedo e iba con cuidado. Pero su costado animal la obligaba a ser un poco bestia.

Terminamos el partido. Perdimos otra vez. Pero por suerte me la encontré en el baño. Estábamos solas, las demás ya estaban juntando la plata para comprar las birras. No sabía ni su nombre, así que para mí era la Pantera. Ahí estábamos las dos, re transpiradas y llenas de barro. Yo tan tímida, vos tan salvaje. Esos cinco minutos que me probaste me sentí la campeona de las lesbianas, la puntera barrial de las tortas, la venus del conurbano, la Safo leyéndole poesía a sus amantes.

Salí corriendo, extasiada. Me fui a casa. No sabía si primero tantearte la carta astral para fijarme si nuestras lunas eran compatibles, o ir directamente al poder oracular del I Ching. Me decidí por lo más seguro, porque averiguar la fecha de tu nacimiento iba a costarme demasiado tiempo. Y, además, no sabía ni tu nombre. Así que agité las monedas. Dibujé el hexagrama número 21 en una servilleta que encontré tirada en el piso. Me tocó “La Mordedura Tajante”. Eso hiciste conmigo, me mordiste, me sacaste un cacho de placer. Lo hiciste sin apuro, como una fiera que mide sus pasos.

La última vez que te encontré, me escondí. Aproveché el partido que se armó a unas cuadras de casa. Y te

miraba, como hipnotizada, como cuando te quedás dormida en el Roca apoyando la cabeza en la ventanilla hasta que te da calambre. Te miraba y para mí no eras montegrandense. Eras montegrandiosa. Yo me sentía Sor Juana, y vos mi Lysi. Ahí sí mis botines eran de lírica. Me los ponía y te armaba versos. Te miraba y me sorprendía porque siempre me gustaron las malas, las que le pegaban a la pelota y la mandaban a la mierda. Esas que hacían que se suspendiera el partido por ir en busca de las bochas perdidas. Cuanto más afuera la tiraban, más me atraían. Pero vos no, vos jugabas tan bien. Más que atada, la pelota te seguía. Qué ganas de ser tu pelota de cuero así me estampas contra el paredón del fondo de tu casa.

A la semana volvimos al potrero de la esquina, fuimos a jugar un triangular con mi equipo. Debajo de las medias largas entraban aplastadas las canilleras. Atrás, de fondo, la cumbia que sacaba los nervios antes de empezar. Un rato antes, a las apuradas, llegó la capitana de nuestro equipo con el parlante al palo. Como llegan las mejores capitanas al vestuario: apuradas y con cumbia. Viene, me hace gesto con la cintura y dice: tenés que bajar la cola y ponerte de costado. Nunca defiendas de frente. Siempre de costado. Así le das una opción vos, la obligás a que vaya al lugar que querés. Ella decide si va a ese lugar o te esquiva. Es como un problema, nunca lo encarás de frente. Te corrés para mirarlo de otro lado. Y después resolvés. O te hace un terrible

caño o le robás la pelota y te vas directo al arco. No hay más opciones. Dos palmadas y me mandó de cuatro por izquierda. A los diez minutos desbordé por el lateral, se le escapó a mi marcadora y aproveché el pique corto. Me mandé. Aproveché el envión con la pierna más hábil metí el centro. Fue directo a la frente de mi compañera que tomó carrera y se tiró tipo palomita. Desvió la pelota al ángulo. Es gol y roce, es gol y subirse encima de la otra, no importa cómo, treparse buscando altura, buscando a la otra, arriba, que grita y se sacude, que escupe y aprieta con las uñas la cintura de la 8, mientras la 9 va al choque frontal, le quedan las piernas colgando, se sostiene del pecho apoyado en la 5 que grita en la nuca, le besa el cuello, se arquea, empuja con los

dedos, gritan, el pelo tirante todo traspirado, las manos entrelazadas como queriendo atravesarse, van los cuerpos a toparse, una con otra, como si el impacto confirmara el gol, como si la que no se dio cuenta se entera por el amontonamiento en hora pico, se entrega al montón, se deja mover en el aire, apretada, con la otra que sigue gritando, se contornean, de a ratos se asfixian, otra vez, hasta quedarse sin aliento.

Terminamos ganando. Festejamos como si fuera un ascenso, todas a los gritos, buscando el parlante para bailar, revoleando las camisetas hasta que me acordé de vos. Le pregunté a las pibas si te habían visto por el barrio, pero ninguna me supo contestar con precisión. Es más, me contaron que

estabas instalada en la Villa Olímpica porque te ficharon en Vélez, que desde ahí podías terminar la secundaria. Y que entrenabas doble turno. Tenías una dieta estricta, ya te habías olvidado del gusto de la birra. De las canchas sin pasto. Tu mundo se volvió cancha lisa, bien verde. Prácticamente vivías para el fútbol. Era tu jaula, Pantera.

Y sí, tenías razón. Yo era una bruta. De esas que van fuerte y después se esconden detrás del vestuario. De las que se quedaban hasta el final de la fecha a ver si en una de esas caías como suplente en algún equipo. Te busqué en otras jugadoras, algunas se te parecían, pero la gambeta era ese resto que no me dejaba compararte con ninguna.

Me reí, la última vez que te escuché me reí en silencio. A los potreros no volviste más, pero te escuché en un video. Sí, eras vos. Eras vos en una entrevista después del clásico *muy buen partido, se nos complicó al principio, pero supimos darlo vuelta. Y nada más lindo que ganarlo en casa. Los clásicos siempre son un partido aparte, tienen otro gustito. Nos sentimos bien, seguras y confiadas, pero tampoco asegurar nada. Le dedico el gol a las pibas de Monte Grande.*



## Wendy Huerta

*Lesbiana, nacida en el conurbano bonaerense de Monte Grande. Es profesora en Letras (UNLP) y estudiante de Francés (UNLP). Habita aulas como docente en filosofía, escribe, juega al fútbol en potreros y festeja los goles como en sus cuentos.*